

Intifada

Paco Soto
Jutta Heppekausen

Probablemente, si alguien nos preguntara si sabemos qué pasa en Palestina, responderíamos que sí, que los jóvenes, e incluso los niños, se han rebelado contra la ocupación israelí, tiran piedras y queman ruedas en las calles. Los soldados responden con armas automáticas, de tiempo en tiempo se producen huelgas y ya vamos por no se sabe cuántos muertos (más de 200). Probablemente si nos apuraran algo más y nos preguntaran por qué sucede todo esto, enfrentaríamos a árabes y judíos desde la Segunda Guerra Mundial en una lucha de la cual la «Intifada» -el levantamiento- sería su más reciente manifestación. Pero después de 21 años de ocupación (después de la «guerra de los seis días» de 1967), ¿por qué se levantan justo ahora?, ¿quiénes son estos palestinos?, ¿cuáles son sus objetivos? y ¿quiénes son sus ocupadores?, ¿en qué se concreta y qué consecuencias tiene la ocupación?, ¿qué pasa en este país que se llama «Tierra Santa» y «Estado judío», Estado de un pueblo perseguido tantos años en todo el mundo? Probablemente estas preguntas nos resultarían más difíciles de responder.

Existe una técnica informativa, algo difundida, que consiste en una amplia «sobreinformación» a base de datos concretos, en la «avalancha de anécdotas» cuyo efecto es la sensación de «estar informado», «haber oído sobre»..., es decir, «saber de», cuando en realidad faltan las claves, las causas, el encadenamiento interno que permite comprender algo más en profundidad los procesos. Algo así como la desinformación por la «sobreinformación».

Este verano nos fuimos por invitación de amigos a Nazart, la ciudad árabe más grande de Israel. Aquí se celebra desde 1975 cada año un campamento de trabajo y apoyo para esta comunidad árabe. En los cuatro días que estuvimos allí nos enteramos un poco más de la situación al ir ayudando a construir calles, parques infantiles o plantando árboles en el patio de un centro cultural, junto a palestinos de Israel y de los territorios ocupados, con judíos progresistas de Israel y con voluntarios de 18 países; también participando en charlas culturales y políticas. Después recorrimos los territorios ocupados (Cisjordania y Gaza) y algunas partes de Israel.

Tantas personas nos dedicaron su tiempo y energías, incluso riesgos, para mostrarnos y explicarnos la realidad de un conflicto que tiene importancia mucho más allá de las fronteras disputadas, que quisiéramos transmitir algo de lo que hemos visto, oído, sentido en estos intensos días, sobre la Intifada, sus orígenes, características y objetivos, su práctica positiva; sobre la situación dentro de Israel mismo, con respecto a sus comunidades judía y árabe, y sobre el papel de la Comunidad Europea y de España en todo este conflicto.

Aunque nos dejemos mucho en el tintero, aunque algunos análisis no sean todo lo profundos que debieran o pudieran, y aunque no podamos transmitir emotivamente nuestras sensaciones, hemos intentado profundizar un poco más en el problema, para lo cual hemos tenido que mezclar testimonios directos y datos de artículos e informes especializados, así como nuestras vivencias personales.

UNA OCUPACION QUE DURA YA VEINTE AÑOS

Recién llegados, la prensa israelí nos asombra. Nunca se habla de territorios ocupados, sino solamente de «los territorios». Nos cuentan nuestros amigos de Tel Aviv que esto ya es un progreso, antes hablaban sólo de «los territorios liberados», pero como esta expresión suena estos días demasiado cínica, ahora llaman a la ocupación, la «administración» de Judea y Samaria (los nombres bíblicos). Esto esconde más que un juego de palabras. Al «administrar» un país (no se dice por qué razones), no hay que aplicar la Cuarta Convención de Ginebra que se refiere al caso de ocupación de un país vencido y que prohíbe casi todo lo que se practica bajo la autoridad del gobernador militar, que encarna los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y que es nombrado directamente por el jefe del Estado Mayor del Ejército israelí.

Así, la Administración militar israelí unas veces toma de la legislación anterior a la ocupación lo que le conviene y otras aplica decretos militares. Para la confiscación de la tierra palestina, si no la declaran «zona de seguridad militar», utilizan la legislación otomana del imperio turco anterior a la Primera Guerra Mundial. Para detenciones o deportaciones de palestinos se sirven de las ordenanzas de los tiempos del mandato colonial británico (1920-1943); y para la represión de actividades sindicales utilizan leyes jordanas.

La tierra

Las consecuencias de la ocupación, de este uso arbitrario de leyes, ordenanzas y decretos militares, se nos hacen obvias después de tan sólo una hora de viaje hacia el sur desde Tel Aviv. Aparece ante nosotros el punto de control militar, barricadas de bidones rellenos de cemento, alambre de espino y torres de vigilancia. Es la entrada a la franja de Gaza. Y nada más entrar vemos inmensos y fértiles campos de naranjos y verduras, bien regados por sistemas automatizados. Algunos cientos de metros detrás de esta abundancia de riqueza natural, aparecen ciudades destrozadas, de casas con fachadas medio caídas, calles sin asfaltar y en el polvo y, bajo el sol implacable, miles de personas, sobre todo jóvenes, mujeres y niños (el 69 por 100 de la población tiene menos de 24 años, por cada 1.000 mujeres hay 823 hombres, datos que tiene que ver con emigración y deportación). Estas imágenes tan tristes no son nuevas, no tienen que ver con la Intifada, son el rostro usual de 20 años de ocupación. Los campos que vimos a la entrada ya no pertenecen a los que los cultivaron siglos y siglos. De los 300 km² de la franja de Gaza, las fuerzas de ocupación israelíes han confiscado un tercio con orden militar por «razones de seguridad» (entre ellas, toda la costa), otro tercio aplicando leyes otomanas como la de «tierras de ausentes», es decir, de los que han huido de la violencia del ejército en el 67, o, más perverso aún, la «ley de los presentes ausentes», que se refiere a campesinos palestinos evacuados a la -fuerza de su tierra, pero que pueden encontrarse, incluso, en el pueblo de al lado -solo que sin permiso de salir de allí para cultivar su tierra-. Israel se ha apropiado de estas tierras «abandonadas» y aloja en ellas a 2.700 colonos, que disponen de subvenciones para aplicar técnicas agrícolas modernas, y de agua, para regadíos, para las piscinas de sus kibutzim y para sus fuentes decorativas. Los colonos controlan el 90 por 100 de todas las fuentes de agua en los territorios ocupados. Ellos tienen permiso para perforar pozos de hasta 700 m. de profundidad, así se llevan el agua de los campesinos palestinos que con sus pocos pozos de profundidad máxima de 100 m. pueden regar escasamente el 6 por 100 de sus tierras. Y sus tierras en Gaza son el tercio restante de los

300 km². Aquí viven 650.000 personas, más de 200.000 de ellos en campos de refugiados. No pocos han tenido que huir dos veces de sus hogares (en 1948 y 1967). Son campesinos que se han quedado sin tierras, la fuente principal de la economía palestina, la fuente también de su vida espiritual. (En Cisjordania la situación es similar: Israel se ha apropiado del 60 por 100 de la tierra. El Gobierno atrae a nuevos colonos con reducciones de impuestos, casas a bajo precio, etcétera.) (1).

Ya en nuestras visitas anteriores a Israel encontramos a los hijos de estos campesinos en la plaza de Yafo (parte sur de Tel Aviv), que se conoce con el nombre de «mercado de los esclavos». Hasta allí llegan todas las mañanas, tras dos horas de viaje, los obreros palestinos esperando encontrar trabajo y jornal para ese día.

De campesinos sin tierra a obreros asalariados

Los campesinos sin tierra se han convertido en mano de obra barata para Israel. La mitad de los trabajadores de Gaza y la tercera parte de los de Cisjordania trabajan dentro de Israel, en sectores como la construcción (todos los edificios son construidos por palestinos; no hay albañiles judíos), cosecha de naranjas, trabajo en cadenas de montaje, etcétera. A estos trabajadores se les descuenta el 30 por 100 de su salario en impuestos de Seguridad Social, pero por no ser ciudadanos israelíes no pueden recibir los beneficios de los servicios sociales (paro, seguro médico, pensiones, apoyo familiar...), de tal forma que un palestino percibe por término medio la mitad que un trabajador israelí y una mujer palestina la mitad que un varón palestino (por ejemplo, una costurera tiene un sueldo mensual de 95 dólares). Los habitantes de los territorios ocupados no tienen permiso para pernoctar dentro de Israel. Aunque las distancias entre Cisjordania o Gaza y los centros de trabajo en Israel no son muy grandes, el viaje ocupa muchas horas: los medios de transporte son caros, escasos y, además, malos. Los frecuentes controles militares consumen el tiempo y los nervios. Pero nos dicen: «¿Qué le vamos a hacer? Casi no hay trabajo en nuestra tierra y con cada año de ocupación hay menos».

La economía

Efectivamente, el objetivo de la política israelí es aumentar la dependencia de Cisjordania y Gaza de Israel impidiendo cualquier desarrollo económico autónomo. Después de tantos años de ocupación, los comerciantes palestinos dan una respuesta ahora: más de nueve meses ya están en huelga. Cada día todos los negocios cierran sus puertas. Esas calles vivas del Oriente se convierten en pasillos para las patrullas militares de los soldados israelíes que intentan una y otra vez que algún comerciante abra su negocio, pero el silencio oscuro y rabioso de estas calles, la solidaridad de estas capas medias da cuenta de cuál ha sido su experiencia de 20 años de ocupación. Ya antes hubo huelgas de comerciantes, de varios días, parciales; ahora llevan nueve meses sin interrupción.

El sector industrial es atrasado y tradicional. Consiste principalmente en productos agrícolas y artesanales, en empresas pequeñas. **La producción agrícola** sufre, además del robo de tierras y agua, de leyes militares israelíes que determinan cuáles son los terrenos de cultivo, y qué debe ser plantado, en función de la demanda del mercado de Israel. La competencia de los productos agrícolas en el mercado es más que injusta: mientras los bienes israelíes reciben subvenciones, los palestinos no sólo no las reciben, sino que para venderlos en Israel o Jordania tienen que pagar bien altos impuestos de exportación-importación. Además, mientras los productos israelíes se pueden vender libremente en los territorios ocupados, la venta de los productos palestinos en Israel o en

Europa solamente es posible a través de una compañía estatal israelí que dicta los precios. Con las **empresas industriales** pasa lo mismo: las autoridades israelíes no conceden permiso de apertura si van a competir con empresas israelíes. Con impuestos, aranceles aduaneros, costes de transporte especiales para empresas palestinas, estrangulan a las capas medias.

En la segunda parte, que publicaremos en el próximo número, os contaremos algo más sobre la vida en Palestina, sobre el trabajo en positivo que desarrollan los diversos comités, sobre la situación dentro de Israel (tanto de los judíos como de los árabes) y del papel que la Comunidad Europea y España juegan y pueden jugar en el conflicto.

(1) Fuente: Informe Benvenisti. Balance económico y social de los territorios ocupados en 1986. Para Palestina, París, n.º 20/4. AIB, die Dritte-Welt-Zeitschrift, n.º 19/3, marzo 1988. Marburgo. JUTTA HEPPEKAUSEN.